

La autobiografía.

La autobiografía intelectual¹

Fernando Vásquez Rodríguez

He aquí otra mediación poderosa para relacionarnos con la escritura. Hasta diría que puede ser una de las primeras formas de lanzarnos a escribir. La autobiografía posee muchos beneficios pero el principal de ellos es el de ayudar a acabar de conocernos².

Cuando nos colocamos en situación autobiográfica lo que en verdad hacemos es un “ajuste de cuentas”, un balance, una retrospectiva con ánimo de iluminar nuestro actuar futuro. No es el recuento gratuito de anécdotas, no es una cronología detallada, sino un esfuerzo personal por editar o componer –desde lo más significativo–, el relato de nosotros mismos.

La autobiografía centra su interés en la comprensión de lo que somos, entre otras razones, porque sin esa mirada previa es muy difícil que un educador se atreva a “enseñar a otros” o al menos guiarlos en su propio descubrimiento. ¿Quién puede ser maestro de virtud?, se preguntaba Platón en el Protágoras³. Diríamos que sólo aquel

que ha cumplido a cabalidad el mandato socrático, que es el mismo objetivo de escribir una autobiografía: conocerse a sí mismo⁴.

La experiencia con estudiantes de pregrado y postgrado me ha mostrado que se requieren ciertos dispositivos de memoria capaces de provocar o incitar la escritura autobiográfica: he usado la música, el álbum fotográfico, los objetos guardados celosamente como reliquias, las cartas, los certificados y documentos, las conversaciones con adultos mayores... Digo que esos dispositivos son como reclamos de ave para que la memoria despierte y levante a los recuerdos. Sin ellos no es fácil conectar el presente con el pasado, y el olvido –con sus laberintos infinitos–, inmoviliza al que desea escribir. Se produce el bloqueo o la resistencia. Cómo es de clave la música para llamar la juventud de nuestro pasado y qué potentes las imágenes para hacer que nuestros afectos salgan a flote. Cuántas cosas acabamos de saber de nosotros cuando hablamos con familiares teniendo abierto el álbum familiar y cuántas más descubrimos al mirar los objetos que llenan nuestra “caja” o baúl de los recuerdos. Estos y otros dispositivos abren las esclusas

¹ Fragmento de: *la escritura y su utilidad en la docencia* de Fernando Vásquez Rodríguez. Publicado en Revista Actualidades Pedagógicas Nº 51: 101-114 / Enero - junio 2008. Recueprado en agosto de 2013 de <http://revistas.lasalle.edu.co/index.php/ap/article/viewFile/1354/1238>

² Consúltese el apartado “La creación narrativa del yo” de Jerome Bruner (2003, p. 113) en su libro *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. Escribe Bruner: “Una narración creadora del Yo es una especie de acto de balance”. Una revisión amplia de este aprender a conocernos es la que presenta Félix Schwartzmann (1993) en su obra *Autoconocimiento en Occidente*, Santiago de Chile, Dolmen.

³ Dice Sócrates que la compra de enseñanzas comporta un peligro mayor que la de comestibles y bebidas porque, “las enseñanzas no se pueden transportar en otra vasija, sino que es necesario, después de entregar su precio, recogerlas en el alma propia, y una vez aprendidas retirarse dañado o beneficiado”, en *Diálogos*, Platon (1997, p. 512), Madrid, Gredos.

⁴ Invito a leer mi texto (2007, pp. 111 - 112), “La autobiografía como mandato socrático” en *Educación con Maestría*, Bogotá, Ediciones Unisalle. De igual modo pueden ser útiles sobre este tema el texto de Georges May (1982), *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica y la completa monografía temática de “Suplementos” *Anthropos*, núm. 29: *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudio e investigación documental* (1991).

Otros trabajos significativos sobre el mismo tema: *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, de Leonor Arfuch (2005), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; *Narrativas contadas, narraciones vividas. Un enfoque sistémico de la terapia narrativa*, de Ricardo Ramos Gutiérrez (2001), Barcelona, Paidós. Si se desea profundizar en enfoques y métodos de investigación relacionados con los relatos bio y autobiográficos puede ser muy útil el libro *La investigación biográfico-narrativa. Enfoque y metodología*, de Antonio Bolívar, Jesús Domingo y Manuel Fernández (2001), Madrid, La Muralla.

para que salga el flujo de la escritura, para que fluyan las marcas que nos constituyen o fundan nuestra identidad o nuestro temperamento⁵.

Por supuesto, no se trata de escribir la autobiografía para vanagloriarnos o sobredimensionar nuestro egoísmo. Más bien es una tarea encaminada a descubrir qué tanto nos falta por acabar de aprender, cuáles son nuestras carencias y cuáles nuestros mejores dones. Para así, con ese reconocimiento, poder llegar a nuestros estudiantes sin la falsa conciencia del que se sabe terminado o con la sospechosa impronta del maestro ideal. Si uno escribe su autobiografía muy seguramente comprenderá no sólo por qué llegó a esa profesión y quiénes fueron sus iniciadores determinantes, sino además podrá establecer una relación pedagógica capaz de albergar sin sentimientos de culpa o falsas idealizaciones el juego de los afectos y el poder propio de la práctica educativa, el conflicto que está de fondo si es que se aboga por la diferencia, la tensión permanente entre los estilos de enseñanza y de aprendizaje, en suma, las limitaciones y posibilidades que comporta la labor de ser maestro.

En esta misma perspectiva de la escritura autobiográfica, llamo la atención sobre la necesidad de elaborar autobiografías intelectuales. El énfasis ahora está en reconstruir qué obras, qué libros, qué docentes, qué ambientes o qué instituciones fueron las que alimentaron o contribuyeron a preferir una disciplina o una profesión liberal. Para ponerlo de otra manera, cómo se fue consolidando en cada uno de nosotros, a partir de estudios y lecturas, una relación con determinada rama del conocimiento; cómo terminamos

⁵ Otro recurso que he utilizado como dispositivo de memoria es la invitación a recordar o excavar en nuestro pasado para encontrar el primer recuerdo o lo que he llamado la "imagen fundacional". Mírese "Imágenes fundacionales. Hitos para dar sentido a nuestra vida", en *Educación con Maestría*, op. cit., pp. 129-132.

siendo profesores de un área específica; qué fuentes, textuales o vivas, contribuyeron para ser biólogos, literatos, historiadores o matemáticos⁶. Seguramente al hacer ese repaso nos daremos cuenta de las sinuosas formas por las que avanza la búsqueda de una vocación o cómo son de definitivos ciertos maestros. De otra parte, la autobiografía intelectual puede ser un lugar estratégico para revisar cuál ha sido nuestra producción intelectual: cuándo y sobre qué escritos hicimos nuestras primeras ponencias o nuestros primeros artículos; qué materiales escritos hemos puesto a circular en nuestras clases; cuál fue ese proyecto de libro que se abandonó; cuál la obra que ocupa las horas libres del tiempo presente⁷. La autobiografía intelectual es como el verdadero currículum de alguien que se sabe profesional de la academia.

⁶ Ejemplos de este tipo de autobiografía son: *La historia continúa* del historiador Georges Duby (1992), Madrid, Debate; *Autobiografía filosófica* de Karl Jaspers (1964), Buenos Aires, Sur; *Mis demonios del pensador y filósofo* Edgar Morin (1995), Barcelona, Kairós; *Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social* del sociólogo Talcott Parsons (1978), Bogotá, Tercer Mundo; *Mis años de aprendizaje* del filósofo Hans-Georg Gadamer (1996), Barcelona, Herder; *Autobiografía científica* del arquitecto Aldo Rossi (1998), Barcelona, Gustavo Gili; *Mi trayectoria intelectual* del sociólogo Norbert Elias (1995), Barcelona, Península; *Autobiografía intelectual* del filósofo Paul Ricoeur (1997), Buenos Aires, Nueva Visión; y *Autoanálisis de un sociólogo* de Pierre Bourdieu (2006), Barcelona, Anagrama

⁷ A manera de ejemplo, véase mi encuentro y relación intelectual con la semiótica (2004, pp. 9 - 24), en "Desarmar el reloj, reconstruir el tiempo. Autobiografía a manera de prólogo" en *La Cultura como texto. Lectura, semiótica y educación*, Bogotá, Javegraf